



El 'Coloquio de los Centauros' de Rubén
Darío:
esoterismo y modernismo

Frans van den Broek Chávez

Universidad de Amsterdam
frans.vandenbroek@gmail.com

1. Introducción

El primer problema al que se enfrenta cualquier estudioso del esoterismo es el de su definición. Despejar este problema por completo es imposible, pues supondría fijar un concepto que se resiste de suyo a una definición unívoca, pero la historia de las ideas esotéricas, como la practicada por Antoine Faivre y sus discípulos [1], ha destilado una serie relativamente accesible de criterios o matrices conceptuales [2] que permiten discernir con un grado razonable de certeza las obras o manifestaciones esotéricas en el complejo productivo de la cultura occidental. Sirven a su vez como extensión definitoria de lo que puede considerarse como esoterismo, si bien Faivre advierte de que no reflejan posición doctrinal alguna.

Para Faivre el esoterismo no es sólo un fenómeno histórico, sino una actitud mental, ‘one of the possible forms assumed by one of the poles of the human spirit in order to actualize itself, namely, mythic thought, the other pole being what is called rational thought, which in the West is modelled on a logic of the Arisotelian type’ [3]. Faivre se aproxima al esoterismo de modo fenomenológico, y no se basa tanto en lo que los mismos esoteristas afirman sobre el esoterismo, cuanto en considerarlo como un conjunto de formas de espiritualidad reconocibles. Escribe Faivre: ‘We shall regard the “esotericism” of the West as an identifiable form of spirituality because of the presence of six fundamental characteristics distributed in varying degrees within its vast concrete historical context’ [4]. A cuatro de estas características las considera ‘intrínsecas’, en el sentido de que su presencia en determinado material es una condición necesaria y suficiente para poder ser considerado dentro del terreno del esoterismo. Si bien se hallan relacionadas de manera íntima y suelen aparecer juntas, Faivre cree importante distinguirlas metodológicamente. A las otras dos características las considera como ‘relativas’ o ‘no-intrínsecas’, y suelen también aparecer junto a las otras en diferentes combinaciones. Estas matrices conceptuales, resumidas, son las siguientes, siendo las cuatro primeras las intrínsecas y las dos últimas las relativas. No nos extenderemos demasiado en ellas, pues a lo largo del análisis subsiguiente del poema de Darío habrá ocasión de aclararlas un tanto más:

1. *Correspondencias*: esta matriz conceptual se refiere, sucintamente, a la interrelación de todo con todo en los diferentes órdenes de realidad. Faivre lo expresa así: ‘These are symbolic and/or real correspondences between all parts of the visible or invisible universe’ [5]. Las correspondencias pueden entablarse dentro de la naturaleza visible e invisible, como aquella que relaciona los planetas con partes del cuerpo, o entre el mundo material y espiritual, o incluso entre el cosmos y un texto revelado. La percepción hermenéutica de estas correspondencias es a menudo de carácter visionario y sólo accesible al iniciado que ha modificado su cognición de acuerdo con su ser o modo de existencia.
2. *Naturaleza viviente*: la manera más fácil de entender esta característica es contraponerla a la concepción familiar de la naturaleza que propala la ciencia positivista. Mientras que en esta última la naturaleza es explicable en términos de leyes físicas que operan sobre la materia, para el esoterismo la naturaleza tiene alma y está viva en todas sus partes. El universo en esta visión está estructurado jerárquicamente y consiste en una tupida red de asociaciones internas, de simpatías y antipatías entre todas las cosas y los diversos órdenes de realidad. Hanegraaff acota lo siguiente sobre esta característica: ‘one might add...that since it is the force of divinity which “enlivens” Nature, the concept is most properly described as a form of panentheism’. [6]

3. *Imaginación y mediación*: para explicar esta característica Faivre acude a la obra del iraniólogo y estudioso del Islam místico Henry Corbin [7], quien acuñó el término de *Mundus Imaginalis* para referirse tanto a un ámbito ontológico más o menos olvidado por la filosofía occidental y presente en los escritos de los místicos del Islam a los que dedica sus estudios, como a una facultad gnoseológica que permite una hermenéutica de la realidad y de los textos que desvela su sentido profundo: el *Mundus Imaginalis* o mundo imaginal es el terreno intermedio en el que se encarnan simbólicamente los arquetipos y la materia adquiere su esencia ideal. Entre la realidad material y las Ideas, el mundo imaginal es el reino propio de la Imaginación Activa, que poseen en grado más perfecto los visionarios. Es importante enfatizar lo que distingue a esta noción de la acepción corriente de imaginación, siendo esta última más bien asimilable a la noción de fantasía, como capacidad inventiva que articula elementos del mundo visible en disposiciones novedosas, guiadas por las propensiones personales del creador o por el capricho y el azar. Lo Imaginal se refiere a un reino de verdades en sí mismas ideales o espirituales que adquieren realidad visible a través de los símbolos y en el que rigen leyes de correspondencia en las que no hay arbitrariedad. La idea de correspondencia implica ya la idea de mediación entre los mundos de arriba y de abajo. La imaginación activa revela y usa mediaciones de todo tipo, llámese rituales, símbolos, mandalas, espíritus intermediarios, ángeles y así. En palabras de Faivre : ‘This, then, is an imagination that allows the use of these intermediaries, symbols and images for gnostic ends, to penetrate Nature’s hieroglyphs, to put the theory of correspondence into active practice, and to discover, to see, and to know the mediating entities between the divine world and Nature. This imagination is a kind of “organ of the soul” by means of which a person can establish cognitive and visionary rapport with an intermediary world, with a mesocosm’. [8]
4. *Transmutación*: esta característica es la que, para Faivre, hace que el esoterismo no sea una simple actividad especulativa, al menos en principio. Supone la dependencia funcional de conocimiento y ser: el conocimiento esotérico está en función del ser de la persona, así como el ser de la persona, en sentido esotérico, está esencialmente determinado por su conocimiento interior. En su acepción más obvia, el esoterismo alude a un ámbito de verdades de orden interior. Estas verdades esotéricas, aunque comprensibles en parte intelectivamente, no son accesibles en su significación más profunda sino ocurre una transformación del ser total de la persona de conocimiento. El término transmutación, prestado de la alquimia, refiere a esta transformación que eleva la conciencia del individuo a un plano superior de cognición, lo que en la alquimia se simboliza como la transmutación del plomo en oro a través de procesos complejos de purificación. Se trata de un proceso interior que requiere de una inmensa disciplina y de la activa guía de un Maestro espiritual, lo que asocia esta característica con una de las características denominadas como no-intrínsecas por Faivre, la de transmisión. Otra idea asociada es la de iniciación, que supone el paso de un estado de ser a otro, y, por tanto, de una hermenéutica profana a otra más elevada de carácter sagrado.

Las siguientes matrices conceptuales son las de tipo no-intrínseco o relativas. Faivre prefiere no incluirlas entre las características intrínsecas para no restringir demasiado su dominio de exploración, pero advierte que en muchas ocasiones se encuentran yuxtapuestas con las cuatro anteriores.

5. *La práctica de la concordancia*: Faivre se está refiriendo aquí a la idea de una *philosophia perennis*, es decir, para decirlo con el título del famoso libro de uno de los divulgadores más importantes de esta concepción del esoterismo, a

una unidad trascendental de las religiones [9]. Esta idea ha recurrido en el esoterismo occidental y oriental desde sus orígenes más remotos, expresada como *prisca theologia* o *sophia perennis*, y supone la existencia de una Tradición Primordial, como la llama la escuela tradicionalista de esoterismo, que subyace a las manifestaciones externas de las religiones, adaptadas a tiempo, lugar y comunidad. La verdad es una en esta concepción e inexpresable en esencia, y sólo las necesidades de manifestación en medios humanos diversos da cuenta de las diferencias externas, sean simbólicas o doctrinales, en las tradiciones espirituales. Esta matriz supone, pues, la realidad de rasgos esenciales en las diferentes prácticas religiosas o esotéricas, entre las que se practica la concordancia. Esta tradición, de intrínseca naturaleza interior, nunca ha dejado de existir y es la misma en Zoroastro o Buda, en Jesús u Orfeo, y es el motor y esencia vital de todas estas manifestaciones.

6. *Transmisión*: como dijimos en la cuarta característica, el esoterismo, en general, no supone que la transmutación ocurra de modo espontáneo, al menos en la gran mayoría de los casos -admitiéndose la posibilidad, remota, de la gracia divina-, sino que requiere de disciplina interior y de guía. El iniciado recibe el conocimiento de su maestro, quien a su vez lo recibió del suyo, constituyéndose así la cadena de transmisión de la tradición primordial. La misma noción de tradición supone esta idea de transmisión, si bien incontables esoterismos han pretendido acceder al conocimiento secreto únicamente de modo especulativo o intelectual. Pero en buena parte de los escritos esotéricos la figura del maestro o guía espiritual ocupa un lugar de la mayor importancia. Incluso en casos en los que, según las evidencias más razonables, el líder esotérico o iniciador de un movimiento de este tipo ha inventado sus fuentes de autoridad cognitiva, se invoca casi siempre la imagen de un maestro o maestros, visibles o invisibles, muertos o vivos.

Es indudable que esta lista de matrices conceptuales puede ser objeto de disputa y considerársela incompleta o defectiva, pero tampoco pretende agotar la definición del campo de estudio del esoterismo, sino servir de guía al análisis.

En nuestro trabajo vamos a servirnos además de un par de nociones prestadas a la escuela esotérica llamada tradicionalista, la representada por escritores como R. Guénon o F. Schuon [10]. Se trata de la idea de una continuidad esencial de lo creado con el Principio y de una discontinuidad existencial de lo creado con el Principio. Esta idea supone la immanencia y trascendencia a la vez de lo Absoluto.

Además, inspirados en la versión del esoterismo propagada por esta escuela, que tiende a resaltar los elementos esenciales del pensamiento esotérico y el legado espiritual de la humanidad, hemos distinguido entre lo que denominamos un esoterismo esencial (o esencialista, si se quiere), y un esoterismo cultural [11]. Estas nociones, al igual que las de Faivre, deben entenderse como matrices conceptuales, o receptáculos definitorios, y no como delimitaciones doctrinales. Si imaginamos un continuo de manifestaciones esotéricas en un espectro que va desde aquellas que podemos, con relativa certeza, considerar como originadas en la experiencia mística directa y aquellas que podemos considerar como más especulativas y derivadas, con existencia y transmisión más bien puramente cultural, podríamos situar el esoterismo esencial en el primer polo y el cultural en el segundo. El esoterismo esencial tiende a los principios (y en última instancia, a la infabilidad), mientras que el cultural a la externalidad exotérica (si se nos permite el pleonasma) y la repetición mecánica, sin sustancia experiencial [12]. Ahora vamos a poner estas nociones al servicio de la lectura del famoso poema de Darío 'El Coloquio de los Centauros'.

2. La metafísica esotérica de ‘El Coloquio de los Centauros’

Desde muy temprano la crítica advirtió la presencia del elemento esotérico en la corriente modernista en general y en este poema en particular. ‘El Coloquio’ fue, por ejemplo, brevemente analizado por A. Marasso en su conocido libro sobre la obra poética de Darío [13]. En su comentario Marasso se refiere a la fuente hermética del poema, pero no profundiza en las ideas desplegadas en el mismo. Más recientemente, Orringer [14] dedica un estudio al poema, y revela la deuda del mismo con el poeta Leconte de Lisle y su poema *Khiron*, poeta cuyas influencias esotéricas también son notables, como lo son en muchos creadores de la época. ‘El Coloquio’ puede considerarse sin temor uno de los grandes poemas metafísicos de la lengua española, que no abunda en los mismos, y uno de los mejores poemas de Darío. La tesis de este trabajo es que en el poema pueden discernirse, de modo directo o indirecto, las características de Faivre, y otras anejas que hacen de la metafísica expuesta en el poema una metafísica esotérica. Nuestro análisis se circumscribe al marco conceptual arriba delineado por comodidad heurística. Esto no indica que este poema no transmita otras ideas de carácter esotérico o místico, por supuesto, sino sólo una necesidad analítica en un terreno donde se carece, como se dijo, de instrumentos conceptuales bien delimitados.

2.1 Un mundo mítico-imaginal

Desde su inicio el poema abre un ámbito hermenéutico propio de una tradición poética que, sin descuidar el estilo, se centra sobre una “música de ideas” y procura subordinar la forma a los imperativos y sugerencias de una noción de belleza enraizada en lo metafísico. La introducción ofrece un paisaje mítico donde se concentran varios temas de la visión esotérica subyacente.

En la isla en que detiene su esquife el argonauta
del inmortal Ensueño, donde la eterna pauta
de las eternas liras se escucha: -Isla de Oro
en que el tritón erige su caracol sonoro
y la sirena blanca va a ver el sol-, un día
se oye un tropel vibrante de fuerza y de armonía.

La isla es un símbolo al que Darío recurrirá muchas veces y que goza de larga tradición mítica. Aparece en muchas culturas, con significaciones afines, lo que la incluye en una especie de “simbología perenne”, cuyas conexiones con el esoterismo son muy importantes. El simbolismo tradicional atribuye a la isla, en general, el significado de centro espiritual primordial, y a ella sólo se puede llegar por una traslación interna. La isla, rodeada de un vasto océano en movimiento, es estable y firme. En este sentido, puede pensarse en un reino de paz, el reino del espíritu liberado de las agitaciones propias de la existencia, un símbolo del Nirvana en las religiones extremo-orientales. En la isla se concentra un valor sacro y está asociada a las nociones de templo y santuario, y puede ser también una imagen del cosmos, o un lugar de ciencia e iniciación y sabiduría en medio del torbellino ignorante del mundo en estado de decadencia, del mundo profano. Es la isla, asimismo, un refugio, donde la conciencia y la voluntad pueden reposar en serena unificación con el cosmos. En los relatos míticos aparecen a menudo las Islas Afortunadas o las Islas de los Bienaventurados, de vital presencia estas últimas en el orfismo y el neopitagorismo. [15]

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

